

2. Referencias francesas, españolas e italianas

En su *Hombre honesto*, Nicolas Faret no sólo tomó prestamos de los clásicos grecolatinos a la hora de ir configurando la obra. En sus páginas se encuentra una influencia de autores coetáneos o por lo menos cercanos que también habían buscado desentrañar el origen y las virtudes de todo buen hombre de Corte. Así, veremos cómo parte de su libro enlaza con la obra de Castiglione, Montaigne, Guazzo, Della Casa, De Refuge, Guevara o Pellegrino de Grimaldi Robbio.

Entre los autores franceses que inspirarán a Faret destaca la figura de Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) quien a su vez ya había bebido de otros como Plutarco, Castiglione o Guazzo. Por ello, afirma Magendie (1970: XXXV), que “no es fácil determinar hasta qué punto toda esta conjunción de diferentes fuentes pueden dejarse notar directamente en las páginas de Nicolas Faret”. Para el crítico francés, lo que es seguro es que el espíritu de los *Essais* (1572) de Montaigne no se hace notar en el *Hombre honesto* de Faret. Está claro, según Burke (1998: 93), que Michel Montaigne leyó *El Cortesano* de Castiglione y que llegó a parafrasearlo en sus ensayos. La primera vez, afirma Burke, cuando condena la afectación en la manera de hablar y vestirse. Y la segunda cuando toma préstamos del tratadista italiano para señalar las acciones que resultan graciosas si se ejecutan con indiferencia. En ambos autores se vislumbra una inspiración muy cercana a Cicerón¹.

Montaigne, según lo describe Magendie (1970: XXXV) no era miembro del mundo de la Corte y sus ambiciones personales e intereses no dirigían su vida de la misma manera que la de cualquier otro personaje, más cercano a los gabinetes de Palacio. La vida de Montaigne discurre alejada de los salones de

¹ Observese el libro I, nº 26 y en el libro III, nº10 de los *Ensayos* del autor.

la Corte, basada en una cómoda existencia dedicada a la lectura, la meditación solitaria y la conversación con personas bien elegidas. Había nacido en el seno de una familia de comerciantes bordeleses y fue educado por un preceptor alemán que sólo le habló en latín. Tras esta primera etapa, pasó a escolarizarse en el colegio de Guyena en Burdeos, para poder cursar leyes en Toulouse. Tomó parte en la *Cour d'aides* de Périgueux y tras suprimirse ésta entró en el parlamento de Burdeos. Hacia 1571 se retiró de la vida activa y permaneció en sus propiedades en Montaigne, cerca de Burdeos (Burke, 1998: 167), dedicando el resto de su vida a la redacción de sus *Ensayos*. No abogaba por un saber enciclopédico como Rabelais, sino que por el contrario creía que el saber humano debía permitir hallar a todos un arte de vivir razonable en espera de la muerte. Así, se alejó del estoicismo y evolucionó hacia un escepticismo moderado que resumió en una pregunta que se hizo grabar en una medalla en 1576: *Que sais-je?* (¿Qué es lo que sé?). Todo ello se dejará notar en una obra más serena y de contenidos mucho mejor meditados que, aunque no se muestra muy articulada sino más bien sumida en un desorden controlado, llena su prosa de belleza, espontaneidad y viveza². Faret por el contrario, busca adoctrinar a su discípulo hábilmente para que sea capaz de ganarse el favor del rey en la Corte y logre así cargos y honores. Él mismo se refiere a ello al tratar sobre toda entrada en la Corte (Ambrosio de Salazar, 1633: VI-I):

Es por la adquisición de semejantes amigos que yo deseo que los que se quieren hacer agradables hagan su entrada en la Corte. Cuando llegan recientes e incógnitos hallo que es muy necesario quedarse algún tiempo a considerar el estado de una mar tan tempestuosa antes que embarcarse en ella, para que tenga espacio de tomar sus medidas y hacer sus trazas con prudencia y dexteridad.

² Ejemplo de ello es la fantástica redacción de su *Journal de voyage*, que no llegó a publicarse hasta 1574.

Montaigne en sus *Essais* presupone que todo hombre lleva en su interior la ‘*forma entera de la condición humana*’. Sin querer imponer al lector sus propias experiencias, recogidas en los *Ensayos*, intentó que cada individuo se hiciese consciente de sus propias responsabilidades. En su obra intenta colocar en un primer lugar la imagen del hombre sincero que, además de culto e inteligente, aspira por encima de todo (al contrario que el pupilo de Faret), a un equilibrio moral y de autocontrol, evitando toda defensa de la violencia y del fanatismo, siendo así un conservador más tolerante.

¿En qué medida pudo inspirar a nuestro autor en el diseño de su ‘hombre honesto’ un talante tan diferente? Nicolas Faret basa su moral en la fe y el respeto a la misma, lo cual se le exigirá al lector en las primeras páginas de su tratado. Es en este punto donde más se acerca a la moral de Montaigne, como se puede apreciar en su capítulo sobre el *Eloge des honêtes gens* (*Elogio de la gente honrada*, en la traducción de Ambrosio de Salazar), donde se encuentran pautas de comportamiento cercanas a Michel Eyquem de Montaigne, basadas en los conceptos de moderación del espíritu o en la facilidad por acercar opiniones y el rechazo a la afirmación categórica. Se observa en ambos un sentido neto de la convivencia, la prudencia y el juicio (Ambrosio de Salazar, 1633: XVII):

Verdaderamente no me espanto si los que son capaces de conocer y gustar desta manera de hombres que por una palabra de excelencia llaman gente honrada, los acarician y los admiran como hacen. Pues que son ellos solos que entre la corrupción y las suciedades de los vicios que he tomado a lo largo desta narración y entre un número infinito de otros a los cuales no oso pararme o por su suciedad, o por su bajeza conservan como una imagen entre ellos destas puras e inocentes costumbres de que se dice que eran compuestos los deleites del Paraíso de nuestros Padres. Pero se encuentran tan pocos que no sería menester mucho multiplicar el número del Ave Fénix para hacerlo igual al destas admirables personas. Qué maravilla es verlos entre tantos peñascos

de que la Corte toda llena agora esquivá el encuentro de alguna punta de roca, o resistir a la fuerza de algún viento directamente contrario, humillarse a la fuerza de las olas y en los mismos lugares que los otros no osarían llegar sin peligro, ellos pasan libremente y sin que nadie pare mientes que hayan oído el menor peligro del mundo.

Sin embargo, estas ideas no tienen igual importancia en Faret que en Montaigne, ya que el primero no cree que sean esenciales y las encuentra escondidas dentro de ideas extranjeras ajenas a la realidad social en la que él se desenvolvía. Además, Faret sólo afronta tales cuestiones de una manera muy limitada, sin alejarse del dominio del interés y las relaciones sociales (Magendie, 1970: XXXV-XXXVI). Sólo parece tomar de Michel Montaigne lo que le es útil, lo que le puede servir para guiar a su gentilhombre, aunque sin adentrarse en la filosofía de la conducta que dio lugar a los préstamos que él toma de los *Essais*. Reduce el contenido intelectual de Montaigne a unos preceptos útiles para la ‘conversación’ en la Corte. Rechaza el análisis que su predecesor hacía de las divergencias en las doctrinas humanas y se centra en la diversidad de opiniones que su hidalgo deberá tener presente para evitar irritarse ante toda persona que piense de forma diferente en palacio.

Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: XI-c), afirmaba al hablar acerca del arte de la complacencia que:

Esta destreza es el uno de los soberanos preceptos de nuestra Arte. Y verdaderamente la una de las más infalibles señales de un alma bien nacida es de ser así universal y susceptible de muchas formas mediante que sea por razón y no por ligereza ni por flaqueza. Hay de lo rústico y de lo estúpido que de esta manera presta a sus comprensiones que no el espíritu cual débese ajustar a todo lo que se encuentra y como se decía de Alcibíades: es de sí mismo tan a derechas y hace todas las cosas de una cierta manera que parece que tiene una particular inclinación a cada cosa de las que le ven hacer.

Existe una clara inspiración en la palabras que a este respecto ofrecería medio siglo antes Montaigne: “*La mejor de mis complexiones corporales es ser flexible y no hay modo de vida más débil que el que se conduce por ordenanzas y displicencias. Hay que dejar de hacer lo que se ve hacer a los compañeros.*” Y es que en cuanto a las relaciones con los cercanos e iguales, por ejemplo, Faret también dará suma importancia a la experiencia en su párrafo sobre los defectos que se cometen en una conversación entre amigos. Mientras que Montaigne la presenta como algo accesorio, Faret la eleva al máximo hasta darle un valor muy profundo.

Otro autor que resultará vital en la trayectoria literaria de Faret, o por lo menos en lo que respecta a la elaboración de su *Hombre honesto*, será De Refuge. En la obra de Faret que aquí se estudia (Magendie, 1970: XXXVII), se observa una clara influencia del *Traicté de la Cour* (1616) escrito por De Refuge cuando se citan los peligros de la Corte y los medios de los que dispone el cortesano para agradar en ella. Burke (1998: 142-43), opina que este tratado debió tener un éxito enorme durante el siglo XVII. En 1661 en Francia circulaban ya una docena de ediciones y había sido traducido al latín, al inglés (versión retraducida del francés), y al alemán. Se convirtió así, afirma Burke (1998, 143) en un libro de referencia, lo cual hace presumible que Faret se inspirara en ella y se acercara de esta forma a las obras de autores italianos como Grimaldi o Baldi, a los que De Refuge había tenido en importante consideración.

De Refuge, a diferencia por ejemplo de Castiglione, no acude a una visión ideal del cortesano sino que por el contrario se adentra en la realidad de las Cortes. Ve en ellas multitud de peligros y desea aconsejar a todo aquel que vaya a entrar en el juego, exhortándole a tener gran cuidado en tan sombrío terreno. El texto se va presentando muy subdividido para dar una mayor claridad. Organiza el tratado en una sección dedicada a las facultades

interiores y otra destinada a las condiciones interiores. Su deseo de ser práctico y completo le sugiere no detenerse en explicarnos unos principios generales sino que por el contrario nos cita numerosos ejemplos con diferentes aplicaciones en la vida de Corte. Burke (1998: 143) cita cómo el propio De Refuge expone en el prefacio su deseo de que el libro sirva de manual útil y rápido al lector, por lo cual introduce numerosas notas marginales (al igual que hará Faret), resúmenes de capítulos y un índice completísimo.

Según Magendie (1970, XXXVIII) Faret no tuvo sino que retener las ideas principales del tratado y reducir sus enumeraciones. Ambos observan que en la Corte el interés personal es el único vínculo válido, lo que hace que los principios en su juego diario sean inexpresables. De esta manera, “*sans art, sans science et sans boussolle, nous jetter à la mercy des vents*” nos dirá De Refuge (1616). En el comienzo del *Hombre honesto* de Faret se encuentra idéntica idea, en la que revela los peligros que en la Corte genera la ambición, comparando el ambiente con una ‘agradable enfermedad’(Ambrosio de Salazar, 1633: I):

Si no es la ambición que compone enteramente a las cortes de los príncipes, se puede decir a lo menos que es la que las hincha hasta esta demasiada grandeza, que hace a menudo malquerer a los soberanos su propia gloria y les hace algunas veces insoportable la pompa y fausto de que están cercados. El natural deseo que tienen todos los hombres a adquirir y alcanzar honras y riquezas los empeña insensiblemente en esta hermosa confusión y se hallan pocos que sean asaz sabios para poder estorbar de ser cogidos en esta tan agradable enfermedad entre tantos objetos que la comunican.

Al igual que Montaigne, De Refuge ofrece como modelo de flexibilidad a Alcibiades, y de la misma manera que ambos, Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: XI-g), propone a su pupilo adaptarse como el griego a los avatares de la Corte así como a los diferentes humores de la gente de Palacio:

La primera cosa en que mirará es que no parezca disimulación en su plática y que su rostro no desmienta a su boca ni destruya en un momento lo que su espíritu haya trabajado a inventar. Es cierto una fuerza muy enojosa a un alma libre de estar a menudo entre humores tan diferentes y tan contrarios al suyo; y tal hábil y complaciente que sea un hombre es muy difícil que a la fin no engendre mohína a contrahacerse así y atormentarse tan a menudo.

De Refuge también analiza la condescendencia con los diferentes humores (cólera, dulzura, honor, impudicia, amistad, cortesía). Estudia las diferentes maneras de comportarse con la gente según lo que él denomina ‘condiciones exteriores’ que derivan de la edad y de la Fortuna. Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: XV) las citará de forma similar en su capítulo sobre las diferencias de edad, las costumbres y las diferentes condiciones que por todo ello hay que tener en cuenta:

Queda ahora a considerar la diferencia de las edades, costumbres y calidades de la Fortuna que se hallan entre un gran número de hombres en la conversación de los cuales nos arrojan los diversos encuentros. Se entretienen de otra manera con los mancebos que con los viejos, y las pláticas que hacen agradables a los unos y a los otros no convienen mucho a aquellos en quien la edad ha templado los vicios destas dos extremidades. Así mesmo, no se vive de un mesmo aire semejante a los unos y a los otros, digo con los buenos como con los malos, si acontece de ser forzado a hallarse entre ellos.

Así, De Refuge (1616: 78) nos enumerará también a los hombres jóvenes, maduros y viejos, a los buenos, los malos, los criados, la gente de confianza y los extranjeros, así como a los de agradable compañía y a los severos señalando que: *“Las cuatro principales ventajas que recibimos de la Fortuna son: nobleza, riqueza, poder y felicidad.”* Faret asimila el mismo retrato personal para cada uno de estos grupos diferentes de individuos, dedicando a ello un breve análisis de caracteres. Por el contrario De Refuge (1616) añade

las reglas de conducta que debe seguirse ante cada uno de ellos. En este capítulo se ve una posible influencia del tratadista italiano Pellegrino de Grimaldi Robbio, autor de los *Discorsi*, al cual seguramente había leído De Refuge y del que tomaría apuntes a través de su compatriota Faret.

Según Burke (1998: 143) el mensaje que ofrece De Refuge era muy diferente al de Castiglione y se hallaba más cercano a autores que él mismo citaría, tales como Tácito o Ducci. De Refuge (1616: 2.10) sin embargo, no dudaría en mencionar ciertos escrúpulos morales de manera más o menos soslayada: “*No hay manera de evitarlo, a veces es preciso valerse de la adulación para sacar ventaja de estas personas, pero no de cualquier clase de adulación.*”

Faret no dejó de lado otras muchas fuentes escritas por autores extranjeros, como el español Antonio de Guevara (1480-1545)³. De su ingente obra forma parte el *Aviso de privados y doctrina de cortesanos* (1539)⁴, que dejaría huella en el *Hombre honesto* de Nicolas Faret al igual que *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* (1539)⁵. Según Claus Uhlig (1973, 235-56) este tratado rivalizó con el de Castiglione en lo que se refiere a número de ediciones, traducciones e imitaciones.

Las obras de Guevara debieron ser traducidas al francés, comenta Magendie (1970, XXXIII), hacia 1630. Así por ejemplo, el *Aviso de Privados*

³ Este español a los doce años ya entraba en la corte de los Reyes Católicos junto al príncipe Don Juan. En 1504 tomaba el hábito franciscano y en 1527 ya era el cronista del rey. En 1529 entraba en posesión de la mitra de Guadix y seis años más tarde marchaba junto a Carlos V a Túnez en una expedición militar. Fruto de estos viajes por mar fue el pintoresco libro *De los inventores del arte de marear y de los muchos trabajos que se pasan en las galeras*. En 1539 ocupa el obispado de Mondoñedo como su sede personal y continuará su labor como escritor (Concejo, 1985).

⁴ Este libro sería reimpresso en Pamplona en el año 1579.

⁵ Estas obras, según Burke (1998: 102 y 135), se acercan en gran medida a *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione. El primero suponía una crítica al del italiano, aunque el segundo seguiría sus pasos. Acerca de la obra de Guevara podemos contar con los trabajos de Claus Uhlig (1973), Agustín Redondo (1975) y Joseph R. Jones (1975).

tomaría el título de *Le Favori de Cour* y sería editado en Amberes (1613), traducido por J. De Rochemore. Magendie no considera que la obra de Faret sea una copia directa de la de Guevara pero sí recalca algunas analogías sensibles en el espíritu de ambas obras. Guevara expone en su libro las tribulaciones que un cortesano debe superar en la Corte debido a diferentes miserias, humillaciones, privaciones e inquietudes que pasará buscando el 'favor' del rey. Así, aconseja mantener la compostura en un cálculo de prudencia frente a la corrupción de una gente de Corte carente de moral que se rige por el propio interés. Estas ideas generales serán expresadas por Nicolas Faret (Magendie, 1970: XXXIV), llegando a la misma conclusión: que la virtud es el mejor placer que puede hallar el príncipe. Sin embargo, para Faret la mejor inversión será el hacerse conocer bien por el príncipe de una manera más superficial que la que nos plantea Guevara, mucho más realista y sensata desde el punto de vista del autocontrol y la moral.

Guevara pasó gran parte de su vida como predicador en la Corte del emperador y, aunque no rechazó la vida cortesana, sí insinuó a los personajes de ese ambiente la necesidad de apartarse de vez en cuando de él a fin de prepararse para la muerte frente al 'todo está admitido' de la misma (Guevara, 1539b: caps. 8 y 9). Burke (1998: 130-31) no tiene claro si Guevara tenía en mente a Castiglione cuando redactó sus tratados, aunque opina que es probable que hubiera conocido al conde en la corte de Carlos V. No obstante, sí ve cierta semejanza entre el libro del italiano y el capítulo que el español dedica a la mejor manera de aconsejar a los príncipes. De acuerdo con Guevara al príncipe no se le debía aconsejar en público sino en privado si estaba a punto de cometer un grave error, como opinaba el señor Fregoso Otavian en *El Cortesano*.

Ahora bien, ¿cuáles serían los autores italianos, al margen de Castiglione, que vendrían a influir en la redacción del *Hombre honesto* de

Nicolas Faret?. Una simple lectura de la obra revela estos cuatro: Pellegro de Grimaldi Robbio, Giovanni della Casa, Stefano Guazzo y Camilo Baldi.

Comparado el texto de Nicolas Faret con el *Lyceé* de Bardin, Magendie (1993: 378), opina que este último acudió a un número mayor de fuentes italianas⁶. Toldo (1900: t. 104, 321) señala que con seguridad los *Discorsi* de Grimaldi debieron servir de guía a Faret en la redacción de su texto. Sin embargo, un análisis detallado de ambas obras permite diferenciar dos caracteres de autor. Faret elaboró un tratado de inspiración práctica, que quiere enseñar al gentilhomme la conducta oportuna que debe mantener para lograr el favor de los grandes (Magendie, 1970: XXVII). Grimaldi en cambio, gran admirador de la obra de Castiglione, considera la figura del cortesano sin olvidar las condiciones de la vida real. Según él, la vida de un hombre no es suficiente para alcanzar todas las perfecciones, por ello desciende del cielo a la tierra y se hace consciente de los peligros que entraña la Corte: la envidia, el humor arbitrario de los grandes o la inestabilidad de la fortuna. Y como afirma Magendie (1970: XXVII), recomienda prudencia y moderación: *“tuttavia perche questa, etiandio si come l’altre, delle quali ci sie ragionato, è delle cose che amano regola e misura”*. Las mismas ideas se encuentran en el *Hombre honesto* de Nicolas Faret, que también elogia el juicio y la medida. Ambos autores se dedican a enseñar los diferentes medios para agradar al príncipe y no enojar a nadie en la Corte mediante diligencia, celo, fidelidad, discreción y afecto, evitando siempre ser inoportuno. Así, por ejemplo, nunca se deberá seguir al príncipe a los lugares donde se divierte, ni se le darán consejos en público si hierra, y la disposición del cuerpo estará siempre de acuerdo con sus

⁶ Bardin además desarrolla en su libro una reflexión mucho más personal que nuestro autor y expone una concepción del hombre honesto amplia en todas las facetas de la vida y no limitada únicamente a su actividad en la Corte. Como Mére, Bardin admira a Sócrates teniéndolo como el primer hombre honesto digno de admiración por parte de todos. Al igual que Faret, exhorta en su obra a amar a Dios y cumplir su ley. Sin embargo, mientras que Nicolas Faret considera la fe como una más de las virtudes de su cortesano, Bardin la enmarca en el centro de la honestidad de todo hombre respetable (Magendie, 1993: 378).

gustos, “*in haver caro cui egli ha caro*”. No obstante, ni siquiera el acercamiento de posturas entre Faret y Grimaldi ante temas como la vanidad, el concepto de amistad o el de afectación, deja claro si el francés tomó todo ello de forma literal del italiano o de otras obras. *El Cortesano* desarrollaba ya alguna de estas temáticas referentes al decoro, el respeto al príncipe o la familiaridad excesiva, y Nicolas Faret pudo tomarlas directamente de él.

La importancia que tuvo *El Galateo* (1558) de Giovanni della Casa sobre el *Hombre honesto* quizá sea más evidente y cercana. Este libro muestra a su vez importantes préstamos de *El Cortesano* de Castiglione al igual que los tiene *La conversación civil* (1574) de Guazzo, otro tratado que dejaría su impronta en Faret. No podremos decir en qué grado uno u otro inspiraron al francés aunque es verdad que en algunos aspectos los tres libros se acercan mucho tanto en su contenido como en sus ideas generales⁷.

Así, Magendie (1970: XXIX) nos señala cómo en el *Hombre honesto* hay trazos muy claros. Un buen ejemplo de ello será el consejo que da Faret a su pupilo para que corrija a quien hierre con dulzura y modestia evitando la arrogancia. Para ello se remite a la anécdota de *El Galateo* (1558: 50 sq.), en la que se ve cómo el obispo de Verona recibe y corrige los defectos de un noble en su casa. Dicho personaje, tras comportarse de forma ruda en la mesa y terminada la visita, se alejaba del palacio del obispo, quien hace que vaya acompañado por un individuo de su séquito. Al llegar al límite de las posesiones, y antes de que el invitado parta, el enviado del obispo le da el siguiente recado de parte del anfitrión: que se comporte de forma más

⁷ Debemos destacar la obra que sobre tal magnífico autor y libro ha editado Inge Botteri (1999), *Galateo e galatei: la creanza e l'istituzione della società nella trattatistica italiana tra antico regime e Stato liberale*. En ella no sólo analiza el contenido de la obra, sino que hace un meticuloso estudio del proceso de transición del Antiguo Régimen al Estado liberal, como su propio título indica.

civilizada en la mesa de aquí en adelante. El noble enrojece tras la lección pero aprecia la cortesía y la discreción con la que ha sido hecha⁸.

En lo que concierne a la costumbre, a la higiene o a la educación elemental Faret da consejos más prácticos. Toldo (1900: t. 104, 326), considera que en el capítulo en el cual Faret (Ambrosio de Salazar, 1633: XV) hace referencia a las diferencias de edad, las costumbres y otras condiciones que se deben observar en la conversación sigue en parte a Castiglione pero en mucha mayor medida a Stefano Guazzo. En *La civil conversación*, su autor enseña las diferentes formas en que hay que comportarse según sean las personas con las que nos topemos a lo largo de la vida. Iguales consideraciones se hacen en el *Tratado de la Corte* escrito por De Refuge. Sin embargo, el texto de Guazzo es más denso y largo en lo que concierne a la conversación, ya que examina en detalle (Magendie, 1970: XXX), casos muy numerosos entre los que se engloban la conversación con viejos, jóvenes, sabios, religiosos, siervos, nobles, labriegos, etc... Faret también nos hablará de la Fortuna y de los ambiciosos, de igual manera a como lo había hecho Guazzo. Según Faret la Fortuna se sirve de los ambiciosos hasta que los arroja desde lo alto de un precipicio sin final que ha preparado junto a los que se han dejado guiar por las artes del placer. Guazzo (1574: 107) diría más o menos lo mismo de forma semejante: “*los eleva a lo alto para precipitarlos y finalmente los arruina*”.

Guazzo se ciñó en sus diálogos a Castiglione (Burke, 1998: 70) al referirse a la ‘negligenza’ o ‘sprezamento’ pero se distancia en lo demás y mantiene puntos de partida muy alejados. Se diferencian en lo relativo a la conducta que debe mantener todo buen cortesano. Según Giorgio Patrizi (1990), se trata de un texto caracterizado por una extrema complejidad y productividad ya que es capaz de multiplicar con gran facilidad los comentarios

⁸ Es destacable el estudio de B. K. Wheaton (1984) acerca de la etiqueta y cortesía en la mesa en Francia titulado *L’office et la bouche. Histoire des moeurs de la table en France, 1300-1789*.

y registros de sus personajes. Así por ejemplo, Annibal (Guazzo, 1574: 442), el médico de su libro, da dos recetas para impedir la esclavitud que impone la Corte: “*que siendo el príncipe un dios en la tierra no se le deje de tratar con honores de cosa sagrada*” y su segundo consejo es que se mantenga una “*abstinencia de viandas sazonada con amor*”. En el *Hombre honesto*, Faret se muestra cercano a estos planteamientos de Guazzo ya que busca la civilidad en un marco donde el ‘saber vivir’ impone los condicionantes a la conducta personal a la vez que se buscan los medios más idóneos para agradar en la Corte.

Por último, es necesario citar aquí a Camilo Baldi autor de *Alcune considerationi sopra una lettera d’Anton’ Perez scritta al duca di Lerma, circa al modo conservarsi in gratia del suo signore* (Carpi, 1622)⁹. Esta obra de Baldi tiene un objetivo filosófico, más amplio que el de Faret. Magendie (1970: XXXII-XXXIII), señala que el italiano se propone enseñar a un ‘favorito’ los medios para adquirir y conservar el favor del rey y del pueblo (Baldi, 1622: 17). Faret parece que toma nota de muchas de las ideas de Baldi, sobre todo la preocupación por lo práctico que debe ser el libro, la necesidad de mantener el juicio y la prudencia, la modestia, la habilidad en la contradicción y el ingenio para hacer apoyar al rey el pensamiento de uno mismo haciéndole creer autor del mismo. Sin embargo, tengamos en cuenta que no hay casi nada de Baldi que no estuviese también en *De Refuge*, y estando la obra de este último escrita en francés, ¿hasta qué punto necesitaba Faret la información que le podía otorgar el texto italiano? (Magendie, 1970: XXXIII).

⁹ Toldo (1900) la citará como obra de Pellegro de Grimaldi y la titula: *Politiche considerazione sopra una lettera d’Antonio Perez.*, además asegura que Faret realiza una copia casi literal.